

NUNCA como en este instante se me presentó tan difícil la tarea de traducir con palabras una íntima emoción.

No me la dificulta el hondo sentimiento que en mi espíritu despierta la magnitud de este homenaje que el Departamento de Extensión Cultural ha querido hacerle a mi obra literaria. No ignoro que en tan generoso propósito ha intervenido el espíritu fraterno y la simpatía del viejo compañerismo que me unió siempre a Tomás Gatica Martínez.

No me la dificulta tampoco, el sentimiento de gratitud que en mí despierta el acabado trabajo de exposición y crítica que a Estela Miranda le han merecido mis libros y cuyos elogios traducen la delicadeza con que un alma de mujer olvida los errores para dar más generoso volumen a los merecimientos, persiguiendo únicamente hacerme la dádiva de esa comprensiva cordialidad que es para un escritor la más ansiada compensación de sus afanes.

Pero a estas gratísimas impresiones se me une ahora una íntima y profunda emoción que no sé si mis palabras sabrán traducir.

Es la de sentirme ocupando esta tribuna después de una ausencia de más de veinte años. Subí a ella en plena mocedad, con el alma magnetizada por sueños de belleza y de gloria. Aquí experimenté, sobrecojido de temores, el primer contacto con un público siempre animado de cálida simpatía intelectual, y que supo dar aliento a mis afanes de novelista. Aquí me incorporé a la falange de los escritores de mi generación. Aquí se forjó en mi alma el santo orgullo por mi profesión y la conciencia de las responsabilidades que ella comporta. Aquí, en la tribuna del Ateneo de Santiago —Capitolio y Roca Tarpeya de la literatura toda de una época— leí mi primer trabajo y conquisté mis primeros aplausos.

Comprenderán ustedes, la emoción que me sobrecoge al volver a subir estos escalones, ya blancas las sienes, con la sensación de toda una vida caminada y la indecible melancolía de sentir —ante la magia evocadora de este ámbito— que no les está permitido a los hombres la realización de todos sus ensueños.

Me basta con cerrar los ojos para sentir que este viejo Salón de Honor anima los dormidos recuerdos de una época en que un grupo de pensadores, novelistas y poetas, unidos en un propósito de la más alta espiritualidad, mantenían vivo y alerta el interés del público, que llenaba esta sala, por todas las manifestaciones de la inteligencia. En ese tiempo nos unía a todos el amor por las ideas y la despreocupación por las ideologías. En esa generación de artistas y escritores fijaban derroteros Federico Gana, Augusto Thompson, Ignacio Pérez Kallens, Samuel Lillo, Isaías Gamboa, Antonio Bórquez Solar, Baldomero Lillo, Diego Dublé Urrutia, Carlos Mondaca, Max Jara, Víctor Domingo Silva, Carlos Pezoa Véliz, Valentín Brandau, Manuel Magallanes Moure, Alejandro Parra, Ernesto Montenegro, Fernando Santiván y tantos otros que vinieron más tarde a sumarse a esta ilusionada caravana.

Nos fué, poco a poco, dispersando la vida, con sus exigencias y sus afanes implacables. Muchos duermen ya en el regazo de esta tierra, a la que tanto amaron. Desertaron no pocos para



SAMUEL A. LILLO

seguir opuestas rutas. Las puertas del Ateneo continuaron abiertas a las nuevas generaciones en razón del tesón infatigable de Samuel Lillo, su animador de siempre, pero ya no era "nuestro" Ateneo ni el público "nuestro" público.

Ustedes pensarán en el motivo que me hace circunscribir mis recuerdos a aquel "Ateneo" y a aquel público. En lo que respecta al Ateneo, la razón es que —por sobre toda la diferencia de tendencias artísticas, de preocupaciones estéticas, de escuelas literarias y de concepciones filosóficas que podían separarnos— el grupo de escritores de esa época formaba una verdadera familia intelectual. Eramos en la prensa o en la tribuna los críticos de nosotros mismos, pero nuestros juicios inspirados en el deseo de hacer triunfar una fórmula de interpretación de la novela, de la poesía, del análisis filosófico o de los fenómenos históricos, nunca jamás descendieron a la plebeyez de la diatriba personal ni a la torpe mezquindad de negarnos el talento y la capacidad para intervenir en todos los concursos del espíritu. Baldomero Lillo, Federico Gana y yo podíamos pensar que había errores en la concepción literaria que informaba los trabajos Ignacio Pérez Kallens o Fernando Santiván; pero ninguno de nosotros habría osado poner en duda la alta categoría intelectual del autor del "Yo" o del autor de "La Hechizada". Carlos Mondaca, Max Jara y Ernesto Montenegro podían no estar de acuerdo con las tendencias líricas de Víctor Domingo Silva, Carlos Pezoa Véliz o Diego Dublé Urrutia; pero jamás tampoco se les vió poniendo en duda la altísima calidad del estro poético del autor de "Lo que me dijeron las espigas", ni del autor de "Pancho y Tomás", ni del que esculpó las páginas de "Del mar a la montaña".

Como nos enfrentaba una competencia de puros ideales de belleza y como es propio de los ideales encender ansia infinita por alcanzarlos sabiéndose que son inalcanzables, ninguno de esos intereses subalternos que aspiran a conseguir bienes concretos de la vida material enturbiaba la límpida transparencia de nuestras deliberaciones.

ALGUNOS RECUERDOS DEL ATENEO

La literatura, además, no formaba parte de la política. Las tendencias doctrinarias del partidismo político estaban al margen de las preocupaciones artísticas. No habían nacido estas escuelas contemporáneas que clasifican la producción intelectual creando géneros ahora muy en boga: literatura proletaria, literatura de masas, literaturas que son sólo propagandas del orden político que piden prestadas sus formas a la literatura que busca sólo la creación de emociones.

Y con respecto al público, a ese que he llamado "nuestro público", estimulándonos con su presencia y sus aplausos nos había formado y se había ido formando con nosotros. Se componía casi siempre de las mismas personas, incrementándose con aquellas que circunstancialmente venían a este salón atraídas por el interés especial en un tema, en un asunto, en la presentación de una nueva personalidad sobre esta tribuna.

En el curso regular de las sesiones del Ateneo, hubo algunas memorables que constituyen el suceso inspirador de todos los comentarios literarios durante algún tiempo. Así sucedió cuando Víctor Domingo Silva recitó en esta aula máxima su "Nueva Marsellesa", ese canto, estremecido de pie-

M Por RAFAEL MALUENDA 15-VI-1941

Prosiguiendo en su laudable propósito de contribuir a la divulgación de los valores más conocidos de la literatura chilena, el Departamento de Extensión Cultural, que dirige don Tomás Gatica Martínez, realizó una interesante velada el martes último, consagrada en su número de fondo, a una conferencia a cargo de la escritora Estela Miranda, sobre la obra de Rafael Maluenda. Además de la conferenciante, habló don Tomás Gatica Martínez, y Rafael Maluenda, relató los siguientes recuerdos del Ateneo, cuyos anales guardan la memoria de la iniciación de muchas carreras literarias y de horas memorables de los éxitos de nuestros mejores escritores

dad humana por el trabajador obrero de las minas, del campo, de las usinas, lírica explosión de la protesta de una alma y que nunca después los profesionales de la igualdad social han logrado superar ni en sus formas ni en su alto espíritu de redención. Así sucedió, también, cuando Baldomero Lillo leyó su primer cuento "El Pago", página de poderosa evocación de las faenas mineras que abrió un verdadero horizonte sobre la vida y existencia en el fondo de los oscuros piques y sobre las formas de explotación del trabajo dentro de una concepción primitiva de los derechos sociales. Así sucedió

cuando Augusto Thompson dijo desde esta tribuna su monólogo "Nuestra sombra", profundo y agudo estudio psicológico que exponiendo la patológica realista de una aberración de la personalidad, produjo en el auditorio ese hondo silencio que traduce una auténtica emoción colectiva y se rompe luego en una atronadora salva de aplausos. Así se había producido ya antes la impresión desconcertante que originó en el público de los primeros días del Ateneo la lectura del primer cuento de Federico Gana, historiondo un episodio campesino, perfilando personajes de la gleba, haciéndoles hablar y

pensar como labriegos, en un ambiente de la más pura chilenedad. Al público le pareció inusitado que se hablara de yugos, horcones, coyundas, aperos de labranza, de ño Pancho, del peón y su china, allí donde la literatura se desenvolvía hasta entonces entre sedas de boudoirs de estilo francés, retorcidas psicologías de amor y preciosismos de forma a lo Apeles Maistre o Catulle Méndez. Federico fué el precursor, el renovador de la literatura, buscando la explotación artística de los vneros autóctonos. Y así, también, en una noche inolvidable —cuando todavía no soñaba en llamarme su compañero y amigo— me fué dado presenciar la tromba de aplausos con que el público rendía homenaje a Isaías Gamboa, ese gran poeta que vino a buscar sobre la tierra chilena un refugio de paz, perseguido por las autoridades políticas de su patria colombiana, cuando recitó su poema "Ante el mar" —modelo de perfección de las clásicas formas de la lírica, vibrante evocación simbólica de todo cuanto representa la majestad del océano y grito estremecido de un alma por la libertad política y por las libertades del espíritu.

Y ya que hablo de "libertad política", quiero subrayar un hecho significativo



LEONARDO PENNA

en la cordial camaradería de los artistas y escritores de esa época: no recuerdo habernos travado jamás en discusiones del orden político. La política se resumía para nosotros en un conjunto de postulados democráticos que amparaban la libertad del pensamiento y que considerábamos inmutables e invulnerables a todos los designios de los partidos. Si me preguntaran a mí cuál fué mi primera participación en lo que se llaman las actividades políticas, tendría que responder contando una anécdota.

Se discutía, por aquel entonces una reforma educacional auspiciada por el Partido Conservador; la Superintendencia de Educación Pública, estimándose por liberales y radicales, que se trataba de amagar la autonomía universitaria y la enseñanza laica. Gran agitación política y estudiantil. Desfiles y manifestaciones. Me toca una noche ir saliendo de la Universidad cuando una avalancha de manifestantes corria por la Alameda en dirección al Santa Lucía. De improviso descubro a Manuel Magallanes Moure corriendo en la misma dirección. Lo detengo: —Manuel, ¿qué pasa? —Vamos a pillar —me responde con excitado acento.

Y nos pusimos a trotar juntos: yo tratando de darme cuenta de lo que se tramaba y Manuel entregando al viento aquella su abundosa y florida barba negra. Llegamos por allí frente al Cerro, nos sumamos a la polvada que desparramaba silbidos y mueras. También silbábamos nosotros poniendo todo empeño. Más tarde supe que se trataba de un senador, a quien nunca había visto: don José Tocornal. Y así fué como tomé parte por primera vez en una manifestación de opinión que se traducía en gritos y silbidos, como ahora, como siempre... porque si los objetivos han cambiado mucho, los métodos de las manifestaciones políticas continúan siendo los mismos.

Estoy seguro que no faltará un auditor intencional que refiriéndose a este episodio piense que imprimió carácter en mi vida cívica, iniciada con una pifia... porque no ha sido esa la única pifia en que he incurrido durante mis andan-

zas por los vericuetos de la política. Si rememoro el hecho ha sido sólo para mejor realizar el desinterés de los literatos de esa época por las cosas políticas, por todo lo que no fuera pensar bien, escribir bien y despertar emociones. Una sesión del Ateneo no era algo improvisado y fructífero de circunstancias fortuitas. Preparábamos nuestras sesiones, combinando trabajos en prosa y trabajos poéticos y tratando de que aquellos y estos acusarán temperamentos diversos de interpretación lírica y novelesca. Queríamos a nuestro público y cuidábamos de que sus impresiones fueran agradables y compensada su atención.

Los nuevos, los que llegaban por primera vez a esta tribuna, solicitaban de los veteranos, la ayuda de su presencia en el conjunto de lectores. Y Samuel Lillo, con su ingénita bondad y su autoridad de hermano mayor de la familia, disciplinaba las sesiones, fijando de vez en cuando unas que llamábamos "solemnes" porque se no exigía traje de etiqueta. No era fácil organizarlas porque, si mal no recuerdo, en la familia sólo había un frac y tres o cuatro smoking, que se usaban por sus dueños o se facilitaban a los que intervenían en estas solemnidades ofrecían sus talentos, pero reclamaban la parada de lujo.

El frac era de propiedad de Ignacio Pérez Kallens, pero sus condiciones de estatura habían limitado el usufructo sólo a los pocos que calzaban en sus mangas y pantalones. Los smoking se prestaban para más amplias combinaciones. Pero de todas maneras, las solemnidades estuvieron generalmente condicionadas a las posibilidades de poder disponer de aquel frac y de aquellos cuatro smoking.

Miro hacia esos días ya tan lejanos y abrazándolos con un solo pensamiento me digo cuánta modestia y cuánta generosa despreocupación por todo el material y qué inmenso orgullo, qué señorío y qué hondos afanes por todo lo espiritual!

Señoras y señores: Al confiar a ustedes estos desaliñados recuerdos, ha sido mi propósito el de asociar a este homenaje con que el Departamento de Extensión Cultural ha querido dar generoso valimiento a mi obra de escritor, los nombres de aquellos trabajadores intelectuales que han prestigiado la literatura chilena trayendo cada cual a ella una nota personal, un acento nuevo que nadie antes que ellos formulara.

Haciendo vibrar sus nombres junto al mío, no sólo pago una deuda de gratitud y de cariño sino que reivindico para todos ellos el mérito de la distinción que se me ha querido otorgar. La vida nos dispersó, emprendieron unos el viaje que no tiene retorno, se han recogido otros a ese retraimiento que espera siempre a los hombres que con su obra entregaron generosamente lo mejor de sus espíritus. A muchos los absorben afanes que nunca imaginaron que habían de acaparar los años de su madurez. Por eso he querido que la presencia invisible de aquella falange ilusionado flote en este recinto hasta el cual ha llegado su viejo compañero, para oír conceptos que lo enorgullecen, dejando por un momento esas tareas periódicas que se realizan anónimamente, detrás de un biombo de papel impreso y con las cuales —como decía un escritor colombiano— uno se gana la vida quitándose la seda.